

EL ALBUM

El escritor de costumbres no escribe exclusivamente para esta ó aquella clase de la sociedad, y si le puede suceder el trabajo de no ser de ninguna de ellas leído, debe de figurarse al menos, mientras que su modestia ó su desgracia no sean suficientes á hacerle dejar la pluma, que escribe imparcialmente para todos. Ni los colores que han de dar vida al cuadro de las costumbres de un pueblo ó de una época pudieran por otra parte tomarse en un cálculo determinado y reducido; la mezcla atinada de todas las gradaciones diversas es la que puede únicamente formar el todo, y es forzoso ir á buscar en distintos puntos las tintas fuertes y las medias tintas, el claro oscuro, sin los cuales no habría cuadro.

La cuna, la riqueza, el talento, la educación, á veces obrando separadamente, obrando otras de consuno, han subdividido siempre á los hombres hasta lo infinito, y lo que se llama en general la sociedad es un amalgama de mil sociedades colocadas en escalón, que sólo se rozan en sus fronteras respectivas unas con otras, y las cuales no reúne en un todo compacto en cada país sino el vínculo de una lengua común, y de lo que se llama entre los hombres patriotismo ó nacionalismo. Hay más puntos de contacto entre una reunión de *buen tono* de Madrid y otra de Londres ó de París, que entre un habitante de un cuarto principal de la calle del Príncipe y otro de un cuarto bajo de Avapiés, sin embargo de ser estos dos españoles y madrileños.

Sabiendo esto el escritor de costumbres no desdeña muchas veces salir de un brillante *rout*, ó del más elegante sarao, y previa la conveniente transformación de traje, pasar en seguida á contemplar una escena animada de un mercado público ó entrar en una simple horchatería á ser testigo del modesto refresco de la capa inferior del pueblo, cuyo carácter trata de esculdir y bosquejar.

¡Qué de costumbres diversas establecidas en

una atmósfera, que en otra inferior, ni aun sabiéndolas se comprenderían! El título de este artículo, sin ir más lejos, es verdadero griego para la inmensa mayoría que compone este pueblo. No harán, pues, un gesto de desagrado nuestras elegantes lectoras cuando nos vean explicar la significación de nuestro título: esta explicación no es ciertamente para ellas; pero nosotros no tenemos la culpa si su extraordinaria delicadeza y si su civilización llevada al extremo que forma de ellas un pueblo aparte, y pueblo escogido, nos pone en el caso de empeñar por traducir hasta las palabras de su elegante vocabulario, cuando queremos dar cuenta al público entero de los usos de su impagable sociedad.

El que la voz *album* no sea castellana es para nosotros, que ni somos ni queremos ser *puristas*, objeción de poquísima importancia; en ninguna parte hemos encontrado todavía el pacto que ha hecho el hombre con la divinidad ni con la naturaleza de usar de tal ó cual combinación de sílabas para explicarse; desde el momento en que por mútuo acuerdo una palabra se entiende, ya es buena: desde el punto en que una lengua es buena para hacerse entender en ella, cumple con su objeto, y mejor será indudablemente aquella cuya elasticidad le permite dar entrada á mayor número de palabras exóticas, porque estará segura de no carecer jamás de las voces que necesite: cuando no las tenga por sí, las traerá de fuera. En esta parte diremos de buena fe lo que ponía Iriarte irónicamente en boca de uno que *estropeaba* la lengua de Garcilaso:

«Que si él habla lengua castellana,
Yo hablo la lengua que me da la gana.»

Pasando por alto este inconveniente, el *album* es un enorme libro, en cuya forma es esencial condición que se observe la del papel de música. Debe de estar, como la mayor parte de los hombres, por de fuera, encuadernado con

un lujo asiático, y por dentro en blanco: su carpeta, que será más elegante si puede cerrarse á guisa de cartera, debe ser de la materia más rica que se encuentre, adornada con relieves del mayor gusto, y la cifra ó las armas del dueño: lo más caro, lo más inglés, eso es lo mejor: razón por la cual sería muy difícil lograr en España uno capaz de competir con los extranjeros. Sólo el conocido y el hábil *Alegría* podría hacer una cosa que se aproximase á un *album* decente. Pero en cambio es bueno advertir que una de las circunstancias que debe tener es que se pueda decir de él: «Ya me han traído el *album* que encargué á Londres.» También se puede decir en lugar de Londres, París; pero es más vulgar, más trivial. Por lo tanto, nosotros aconsejamos á nuestras lectoras que digan *Londres*: lo mismo cuesta una palabra que otra; y por supuesto, que digan de todas suertes que se lo han enviado de fuera, ó que lo han traído ellas mismas cuando estuvieron allá la primera, la segunda, ó cualquiera vez, y aunque sea obra de *Alegría*.

¿Y para qué sirve, me dirá otra especie de lectores, ese gran librote, esa especie de misal, tan rico y tan enorme, tan extranjero y tan raro? ¿De qué trata?

Vamos allá. Ese librote es, como el abanico, como la sombrilla, como la tarjeta, un mueble enteramente de uso de señora, y una elegante sin *album* sería ya en el día un cuerpo sin alma, un río sin agua, en una palabra, una especie de Manzanares. El *album*, claro está, no se lleva en la mano, pero se transporta en el coche; el *album* y el *coche* se necesitan mutuamente: lo uno no puede ir sin lo otro; es el agua con el chocolate; el *album* se envía además con el lacayo de una parte á otra. Y como siempre está yendo y viniendo, hay un lacayo destinado á sacarlo; el lacayo y el *album* es el ayo y el niño.

¿De qué trata? No trata de nada; es un libro en blanco. Como una bella conoce de rigor á los hombres de talento en todos ramos, es un libro el *album* que la bella envía al hombre distinguido para que éste estampe en una de sus inmensas hojas, si es poeta, unos versos, si es pintor, un dibujo, si es músico, una composición, etc. En su verdadero objeto es un repertorio de la vanidad: cuando una hermosa, por otra parte, le ha dispensado á usted la lisonjera distinción de suplicarle que incluya algo en su *album*, es muy natural pagarle en la misma moneda; de aquí el que la mayor parte de los

versos contenidos en él suelen ser variaciones de distintos autores sobre el mismo tema de la hermosura y de la amabilidad de su dueño. Son distintas fuentes donde se mira y se refleja un solo Narciso. El *album* tiene una virtud singular, por la cual deben apresurarse á hacerse con él todas las elegantes que no lo tengan, si hay alguna á la sazón en Madrid: hemos reparado que todas las dueñas de *album* son hermosas, graciosas, de gran virtud y talento, y amabilísimas: así consta á lo menos de todos estos libros en blanco, conforme van tomando color.

Como el caso es tener un recuerdo, propio, intrínsecamente de la persona misma, es indispensable que lo que se estampe vaya de puño y letra del autor; un *album*, pues, viene á ser un *panteón* donde vienen á enterrarse en calidad de préstamos adelantados hechos á la posteridad una porción de notabilidades; á pesar de que no todos los hombres de mérito de un *album* lo son igualmente en las edades futuras. Y como por una distinción de exquisito precio, la amistad participa del privilegio del mérito, de poner algo en el *album*, y como se puede ser muy buen amigo y no tener ninguna especie de mérito, un *album* viene á ser frecuentemente, más bien que un panteón, un cementerio, donde están enterrados, tabique por medio, los tontos al lado de los discretos, con la única diferencia de que los segundos honran al *album*, y éste honra á los primeros.

Sabido el objeto del *album*, cualquiera puede conocer la causa á que debe su origen: el orgullo del hombre se empeña en dejar huellas por todas partes; en rigor, las pirámides famosas ¿qué son sino la firma de los Faraones en el gran *album* de Egipto? Todo monumento es el *facsimile* del pueblo que le erigió, estampado en el grande *album* del triunfo. ¿Qué es la historia sino el *album* donde cada pueblo viene á depositar sus obras?

La Alhambra está llena de los nombres de viajeros ilustres que no han querido pasar adelante sin enlazar con aquellos grandes recuerdos sus grandes nombres; esto que es lícito en un hombre de mérito, confesado por todos, es risible en un desconocido, y conocemos un sujeto que se ha puesto en ridículo en sociedad por haber estampado en las paredes de la venerable antigüedad de que acabamos de hablar, debajo del letrero puesto por Chateaubriand: «Aquí estuvo también Pedro Fernández el día tantos de tal año.» Sin embargo, la acción es la misma, por parte del que la hace.

He aquí cómo motiva el origen de la moda del *album* un autor francés, que escribía como nosotros un artículo de costumbres acerca de él el año 11, época en que comenzó á hacer furor esta moda en París:

«El origen del *album* es noble, santo, majestuoso. San Bruno había fundado en el corazón de los Alpes la cuna de su orden; dábase allí hospitalidad por espacio de tres días á todo viajero. En el momento de su partida se le presentaba un registro, invitándole á escribir en él su nombre, el cual iba acompañado por lo regular de algunas frases de agradecimiento, frases verdaderamente inspiradas. El aspecto de las montañas, el ruido de los torrentes, el silencio del monasterio, la religión grande y majestuosa, los religiosos humildes y penitentes, el tiempo despreciado, y la eternidad siempre presente, debían de hacer nacer bajo la pluma de los huéspedes que se sucedían en la augusta morada altos pensamientos y delicadas expresiones. Hombres de gran mérito depositaron en este repertorio cantidad de versos y pensamientos justamente célebres. El *album* de la Gran Cartuja es incontestablemente el padre y modelo de los *albums*.»

Esta afición, recién nacida, cundió extraordinariamente; los ingleses asieron de ella; los franceses no la despreciaron, y todo hombre de alguna celebridad fué puesto á contribución: el valor por consiguiente de un *album* puede ser considerable; una pincelada de Goya, un capricho de David, ó de Vernet, un trozo de Chateaubriand, ó de lord Byron, la firma de Napoleón, todo esto puede llegar á hacer de un *album* un mayorazgo para una familia.

Nuestras señoras han sido las últimas en esta moda como en otras, pero no las que han sabido apreciar menos el valor de un *album*: ni es de extrañar: el libro en blanco es un templo colgado todo de sus trofeos; es su *lista civil*,

su presupuesto, ó por lo menos el de su amor propio. Y en rigor, ¿qué es una bella sino un *album*, á cuyos pies todo el que pasa deposita su tributo de admiración? ¿Qué es su corazón muchas veces sino *album*? Perdonenos la atrevida comparación, ¡pero dichoso el que encuentra en esta especie de *album* todas las hojas en blanco! ¡Dichoso el que no pudiendo ser el primero (no pende siempre de uno el madrugal) puede ser siquiera el último!

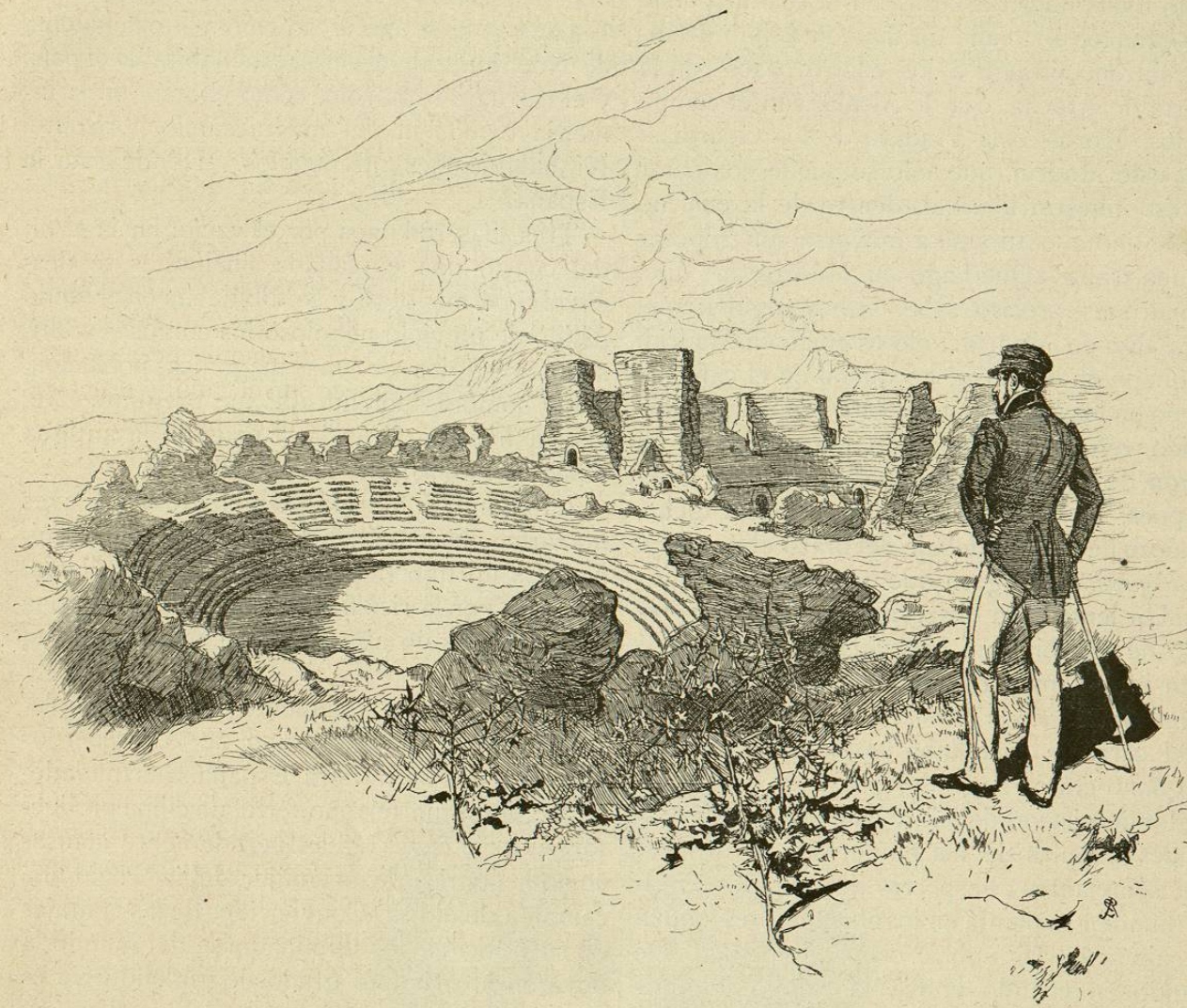
El *album* no se llama nunca *el album*, sino *mi album*; esto es esencial. En rigor las señoras no han tomado de él más que la parte agradable: todos los inconvenientes están de parte de los que han de quitarle hoja á hoja la calidad de *blanco*. ¡Qué admirable fecundidad no se necesita para grabar un cumplimiento, por lo regular el mismo, y siempre de distinto modo, en todos los *albums* que vienen á parar á manos de uno! Luego, ¡hay tantas mujeres á quienes es más fácil profesar amor que decirselo! ¡Cuánta habilidad no es menester para que comparados después estos diversos depósitos no pueda picarse ningún amor propio! ¡Qué delicadeza para decir galanterías, que no sean más que galanterías, á una hermosa de la cual sólo se conoce el *album*!

Si éste es el mueble indispensable de una mujer de moda, también es la desesperación del poeta, del hombre de mérito, del amigo. Siempre se espera mucho del talento, y nunca es más difícil lucirle que en semejantes ocasiones.

Nosotros para tales casos, si en ellos nos encontrásemos, reclamaríamos siempre toda indulgencia, y no concluiremos este artículo sin recordar á las hermosas que cada una de ellas no tiene más que un *album* que dar á llenar, y que cada poeta suele tener á la vez varios á que contribuir.

LAS ANTIGUEDADES DE MÉRIDA

PRIMER ARTÍCULO



Hace mucho tiempo creo haber dado cuenta á mis lectores de cierta inconstancia y versatilidad, bases de mi carácter, el cual podría muy bien venir á ser el de no tener ninguno: yo no sé si hace demasiada falta el carácter para vivir; pero en caso de duda bien se podrían encontrar no lejos de nosotros multitud de ejemplares de gentes, que no teniendo ninguno conocido, no sólo aciertan á vivir, sino que están sanas y gordas, y aún cómodamente establecidas.

Ahora bien, aquella comezón singular, aquel mi prurito de mudar de casa, que puse en conocimiento del público en uno de mis artículos,

titulado: *Las casas nuevas*, cuyo título recuerdo porque no estoy muy seguro de que se acuerde todo el mundo de mis artículos tan bien como yo, debía llegar á ser con el tiempo, según ya entonces se anunciaba, síntoma de más grave importancia. Afición naciente entonces, creíala contentar yo siempre, inocente de mí, con pasar de un barrio de Madrid á otro, de una calle á su vecina, de un piso al que encima ó debajo tenía. Pero sucedió con ella lo que con toda afición mal reprimida: de idea pasajera pasó á idea fija, y no cortado el mal en su principio, debía llegar á ser una pasión devoradora de mudar de sitio; pasión que indudablemente me

hubiera llevado al sepulcro, como todas las pasiones vehementes, á no verse satisfecha.

Felizmente el mundo es grande, mucho más grande que yo, y es de esperar por mi fortuna que sea todavía más grande que mi pasión de amovilidad. ¿Qué hago yo en Madrid, exclamé una mañana, después de haberle rodado en todas direcciones, en este Madrid, tan limitado como todas nuestras cosas, en el cual no puede uno echarse á la calle un día con ánimo de andar sin encontrarse á los cuatro pasos con la puerta de Atocha, ó la de Alcalá, con el campo de los Moros, ó la Pradera de los Guardias? ¿En este Madrid, que sólo se puede comparar en eso nuestra libertad, dentro de la cual no puede uno aventurarse á moverse sin tropezar en una traba? ¿Qué hago en Madrid? me dije. Primero es preciso saber si hay alguien que haga algo en Madrid: todo es chico en Madrid: no quepo en el teatro; no quepo en el café; no quepo en los empleos; todo está lleno; todo obstruido, refugiado, escondido, empotrado en un rincón de la Revista Española... *j'étouffe*. Fuera, pues, de Madrid: no bien lo había dicho, un mozo llevaba ya debajo del brazo el equipaje de *Figaro*, más ligero que unas poesías fugitivas. Un lente para observar á los hombres, recado de escribir para bosquejarlos, y mi mal ó buen humor para reirme de los más de ellos. *Omnia mea mecum porto*.

El carruaje marchaba lentamente; sin embargo, no era carruaje del gobierno, y tardé en perder de vista el delicioso empedrado, las desiguales cúpulas de los numerosos conventos, que, semejantes al espectro descrito por Virgilio, hundían su planta en los abismos y escondían su cabeza en las nubes, ocupándolo todo. De cuando en cuando volvía la cabeza á mirar atrás, no como Héctor hacía su Andrómaca, sino que me parecía oír todavía fuera de puertas el ruido de los abogados y poetas del café del Príncipe; resonaba en mis oídos la canturía monótona de nuestros actores cómicos; oía las silbas dadas á nuestros ingenios clásicos y románticos; perseguíame la deuda interior como un remordimiento: sin embargo, yo no la había arreglado: las reformas eran las únicas que no me perseguían, ellas debían ser sin duda las perseguidas.

El ruido se iba por fin apagando, y Castilla en tanto desarrollaba á mi vista el árido mapa de su desierto arenal, como una infeliz mendiga despliega á los ojos del pasajero su falda raída y agujereada en ademán de pedirle con qué cu-

brir sus macilentas y desnudas carnes. Un gemido sordo, pero prolongado, había sustituido al ruidoso murmullo de la ciudad populosa: era la contribución que resonaba por el yermo. *Felicidad*, decía el segundo con acento irónico, para el que sabía oírle: *miseria*, decía el primero con acento de verdad y de desesperación.

No eran ciertamente los pueblos los que podían estorbarme en el camino; viajando por España se cree uno á cada momento la paloma de Noé, que sale á ver si está habitable el país; y el carruaje vaga solo, como el arca, en la inmensa extensión del más desnudo horizonte. Ni habitaciones, ni pueblos. ¿Dónde está la España?

Tres días rodamos por el vacío: hacia el fin del cuarto una explanada sin límites se desenvolvió á mis ojos, y se dibujaban en el fondo pálido de un cielo nebuloso los confusos y altísimos vestigios de una magnífica población. ¿Hay hombres por fin allí? me pregunté. No; los ha habido. Eran las ruinas de la antigua *Emerita-Augusta*.

La humilde Mérida, semejante á las aves nocturnas, hace su habitación en las altas ruinas. Es un hijo raquítico, que apenas alienta, cobijado por la rica faldamenta de una matrona decrepita. Es un niño dormido en brazos de un gigante.

Mérida es indudablemente una de las poblaciones, mejor diremos, uno de los recuerdos más antiguos de nuestra España. Sus fundadores eligieron un terreno fértil, un clima productor y un río cuyas aguas, pérfidamente mansas como la sonrisa de una mujer, debían regar una campiña deleitosa. Convencidos de las ventajas de su posición, los dominadores del mundo la llevaron al más alto grado de esplendor; y es fama conservada por los más de nuestros autores, que ha tenido un millón de habitantes. Erigida en *colonia romana*, y gozando de todos los fueros é inmunidades de tal, fué la segunda ciudad del imperio, y el sitio del descanso á que aspiraban altos funcionarios y guerreros cansados del aplauso de la victoria.

La caída del imperio, las irrupciones de los vándalos y de los godos, la dominación de árabes, han pasado como un trillo sobre la frente de Mérida, y no han sido bastantes á allanar y nivelar su suelo, incrustado de colosales bellezas romanas. Las habitaciones han desaparecido carcomidas por el tiempo; pero las altas ruinas al desplomarse han desigualado la llanura, y han formado, reducidas á polvo, un segundo

suelo artificial y enteramente humano sobre el suelo primitivo de la naturaleza. Se puede asegurar que no hay una piedra en Mérida que no haya formado parte de una habitación romana: nada más común que ver en una pared de una choza del siglo XIX un fragmento de mármol ó de piedra, labrado, de un palacio del siglo I. Zaguanes hemos visto empedrados con lápidas y losas sepulcrales: y un labrador, creyendo pisar la tierra, huella todos los días con su rústica suela el *aquí yace* de un procónsul, ó la advocación de un dios. Trozos de jaspe de un trabajo verdaderamente romano no tienen aquí otro museo que una cuadra, y sirven de pesebre al bruto que acaban de desuncir del arado. Diariamente el azadón de un extremeño tropieza en su camino con los manes de un héroe, y es común allí el hallazgo de una urna cineraria, ó de un tesoro numismático, coetáneo de los emperadores. Lo

que es más asombroso, gran número de cosecheros se sirven aún en sus bodegas de las mismas tinajas romanas, que se conservan empotradas en sus suelos, y cuyo barro duradero, impuesto de tres capas diferentes superpuestas y admirablemente unidas, parece desafiar todavía al tiempo por más siglos de los que lleva vividos. Las vasijas mismas que se construyen en el país tienen una forma elegante, y participan de un carácter respetable de su antigüedad que difícilmente puede ocultarse á la perspicacia de un arqueólogo.

Una vez en Mérida, y rodeado de ruinas, la imaginación cree percibir el ruido de la gran ciudad, el son confuso de las armas, el *hervir vividor* de la inmensa población romana. ¡Error! Un silencio sepulcral y respetuoso no es interrumpido siquiera por el *aquí fué* del hombre reflexivo y meditador.

